

Mercado de trabajo y trastornos alimentarios: las condiciones morales y políticas de la resistencia

José Luis Moreno Pestaña
Universidad de Cádiz

jose Luis.moreno@uca.es

Labour Market and Eating Disorders: the Moral and Political Conditions of Resistance

RESUMEN: En este artículo se estudia cómo las personas abandonan los trastornos alimentarios. El artículo se apoya en un estudio acerca de cómo el mercado de trabajo influye en los trastornos alimentarios. Se presentan los conflictos en los que se ven envueltos las trabajadoras. Finalmente se proponen líneas políticas de lucha, en el mercado de trabajo, contra esa enfermedad.

ABSTRACT: This article studies how people leave eating disorders. The article is based on a study of how the labor market influences eating disorders. We present conflicts in which workers are involved. Finally, we propose policies to combat lines, in the labor market against the disease.

PALABRAS-CLAVE: Trastornos alimentarios, Capital erótico, Sociología del cuerpo, Política del cuerpo, Lucha contra la discriminación, Republicanismo

KEYWORDS: Eating Disorders, Erotic Capital, Sociology of Body, Body Politics, Anti-discrimination, Republicanism

1. Presentación

Este artículo se basa en 31 entrevistas en profundidad con trabajadoras de la hostelería, las cadenas de moda y cosmética, profesionales del arte, la enseñanza superior y la alta costura. Se han realizado también tres grupos de discusión con empleadas de tiendas de moda y de cosmética. En los grupos se distingue entre vendedoras de zonas burguesas de una gran ciudad y vendedoras que atienden establecimientos en una ciudad media.¹ Dentro de las primeras se ha diferenciado entre quienes accedieron al mercado de trabajo durante los años 80 y 90 (grupo de seis personas) y aquellas, con las que se hizo un grupo (de siete personas), que accedieron después del año 2000.² Con las vendedoras de la ciudad media se confeccionó un grupo mixto de seis personas. En este grupo se esquivó la referencia a la presión estética durante los primera parte del grupo, hasta que la introdujo el investigador. Solo entonces, aquellas que habían ingresado después en el mercado laboral, y trabajaban en tiendas de moda juvenil, hablaron sobre la necesidad del capital erótico. El moderador no necesitó introducir dicho problema entre las vendedoras de la gran ciudad, si bien las más jóvenes hablaron del asunto



más y con menor distancia crítica. Desde el principio, el trabajo se condujo con el modelo de la saturación de información. Cada entrevista iba proporcionando ciertos rasgos del trabajo estético y nos permitía conectarlo con determinadas prácticas empresariales.

Las entrevistas, por su parte, se distribuyen así: nueve con mujeres profesionales que entraron en el mercado de trabajo antes de 1995 y ocho que lo hicieron después, cinco con trabajadoras no cualificadas que ingresaron después de 1995, nueve con trabajadoras de comercio (entrada posterior a 1995). Se intentó alternar entre personas que pudieran describir trastornos alimentarios (diecisiete) y aquellas que no. Esta investigación es continuación de otra cuyos resultados fueron publicados (Moreno Pestaña, 2010).

Hasta ahora, en la mayoría de los estudios sociológicos sobre desviación, se analizan procesos de consolidación de carreras desviadas pero se estudia poco cómo la gente puede separarse de las mismas. Efectivamente, una prolija literatura se ha ocupado de la presión estética padecida por las mujeres y de sus consecuencias -entre las cuales, los trastornos alimentarios. No existe (o no la conocemos, si exceptuamos libros de psicología) la dedicada a estudiar cómo pueden resistir las personas a la presión estética y, lo que viene a ser lo mismo, salir de los trastornos alimentarios. Conocer las formas resistencia puede ser una guía útil para la acción política, ya la protagonicen los poderes públicos, ya los movimientos sociales, ya dinamice a los individuos.

La palabra resistencia se encuentra cargada de connotaciones sociopolíticas. No se utiliza aquí en ese sentido. Presentamos procesos más o menos conscientes y coherentes de rechazo a las exigencias impuestas por el capital erótico³ en el mercado de trabajo. La crítica política, cuando aparece, lo hace como una especie dentro del género de rechazos, mucho más amplios y ambiguos, a los efectos que las exigencias estéticas tienen en las condiciones laborales y biográficas de los sujetos.

En primer lugar presentaremos, muy resumidamente, cómo actúa la presión estética en el mercado de trabajo. Posteriormente, entraremos en cómo puede uno separarse de la misma. Reproduciremos qué permite el apoyo profesional. Se mostrará algo que ya se ha explicado con más extensión (Moreno Pestaña, 2010: 253-284): las

terapias pueden compaginarse con una cronificación a largo plazo. Posteriormente, nos centramos en una experiencia íntima de resistencia, la representada por el amor. En fin, aunque nuestro análisis se concentra en el trabajo, sin cambios en la experiencia íntima sería imposible separarse de la interpelación que produce el capital erótico –cuyo valor en el terreno laboral se redobla con el que adquiere en el mercado sexual. Posteriormente nos introducimos en el trabajo y veremos varias posibilidades. La primera consiste en perseguir trabajos que admitan el autocontrol corporal de manera racional. La segunda, en cuestionar la necesidad del capital erótico en el mercado de trabajo, insistiendo en la revalorización técnica de la actividad o, es el punto siguiente, una crítica política. Para terminar, nos preguntamos qué puede hacerse desde el Estado para combatir la discriminación corporal y qué alternativas morales y políticas se nos presentan por delante.

2. El mercado de trabajo y los trastornos alimentarios

¿Podemos atribuir vínculos causales entre las exigencias de ciertas ocupaciones y los trastornos alimentarios? Sí, rotundamente, en algunos casos. Veamos las situaciones laborales una por una. La primera de ellas tiene escasas exigencias técnicas; estéticas, muy altas. El trabajo de camarera en discotecas y pubs suele exigir aspecto físico que atraiga a la clientela y que ayude a focalizar las interacciones en la barra. La delgadez suele ser un requisito. Dado que las personas convierten su cuerpo en centro de la vinculación con el público –cuya atención tratan de captarla atención corporal puede devenir mórbida. Además la efusividad en la cultura de la parranda suele ir acompañada de una alimentación escasa y mala, en ocasiones recurriendo a drogas (necesarias para mantener efusiva la juerga) que disminuyen el apetito. Los trastornos alimentarios son habituales, aunque solo los reconocen las personas que han salido de ellos y de semejante ambiente.

El segundo trabajo reclama mayor cualificación. Las vendedoras en las tiendas de moda, sobre todo las de las secciones más juveniles y las encargadas, suelen reclutarse entre personas muy delgadas. La apariencia física requiere imbuirse en tallas de ropa muy estrictas, al alcance de personas de complexión muy delgada o que dediquen mucho tiempo y esfuerzo a modelarse. Además, ciertas casas comerciales impulsan que sus vendedoras valoricen su capital erótico en los lugares de moda,

algo que les otorga a las susodichas la sensación de pertenecer a una elite estética, normalmente mal pagada. En fin, muchas de ellas se consideran un eslabón de la cadena del mundo de la moda y unas privilegiadas por conocer y utilizar los modelos que se estilan en los círculos más sofisticados de Los Ángeles, Tokio, París o Nueva York. La concentración en el cuerpo resulta constante: comer poco, realizar mucho deporte y, cada vez más extendido, recurrir a la cirugía estética. Debido a que los salarios son tan magros como los prototipos corporales y a que dichas tiendas carecen de sindicatos (con la excepción de ciertas cadenas, que los permiten), la tensión entre compañeras incrementa la concentración corporal y la tendencia a establecer juegos de competencia estética horizontales (unidos a relaciones de sumisión verticales, con la dirección) y coloniza buena parte de las interacciones: cualquier lugar es bueno para confrontarse con el juicio del otro mostrando el tamaño del pecho o la planicie del vientre. Para terminar, las jornadas de trabajo suelen ser muy intensas y en muchos lugares no se tiene tiempo para comer. Las personas comen cuando no pueden más, a veces en los baños, y no es raro que engullan alimentos muy calóricos. Rápidamente, estos entran en contradicción con el objetivo de permanecer esbelta y, en fin, se recurren a purgas. Los trastornos alimentarios, en ese paisaje, son usuales.

En el mundo del arte existen ocupaciones en las que puede establecerse un nexo entre las condiciones del empleo y los trastornos alimentarios. En algunas, ya desde la universidad, la exposición corporal de los aspirantes a creadores resulta evidente. Pero lo más importante es la transformación de ciertos campos artísticos: por ejemplo, en el flamenco y el canto el grosor, de manera más o menos velada, se encuentra estigmatizado, con lo cual la competencia técnica requiere ciertos presupuestos estéticos. En la danza, la "estética de campo de concentración" hace tiempo que evacuó completamente a personas con un mínimo de corpulencia. Las personas que no tienen un organismo magro, que no se autocontrolan porque proceden de medios donde la disciplina alimentaria no existe, suelen recurrir a métodos de purga no siempre ortodoxos y se instalan en una vigilancia del peso que les impide desarrollarse en otros planos. Que tengan o no diagnóstico médico importa poco. La cosa existe, las palabras puede que no. El uso de terapias –que permiten sobrellevar más o menos el desgaste psicológico- es casi una norma.

En un medio de clases altas, además, la delgadez se convierte en condición de la pertenencia al grupo –al menos en las fracciones más feminizadas y

juveniles- y en testimonio de la calidad moral del individuo –alguien capaz de autocontrol. En fin, esa cultura de clase aparece también entre los escritores y los profesores universitarios, si bien de manera menos clara. La belleza puede convertirse también en estigma, y la exhibición de capital erótico encontrarse fuertemente penalizada: los requisitos corporales son completamente arbitrarios en la enseñanza o en la escritura y pueden despertar sospechas de colar recursos ilegítimos en el oficio. Aunque en ese medio pueden existir trastornos alimentarios, la vinculación con las exigencias del puesto no resulta evidente y procede más de una cultura femenina de clases medias/altas para la cual la corpulencia funciona como símbolo de degradación de estatus.

3. La acción terapéutica

Una manera de controlar los trastornos alimentarios consiste en ponerse en manos de un terapeuta. Ese control puede conllevar o no el deseo de superarlos. En el primer caso, el individuo tiene que rehacer completamente sus hábitos mientras que en el segundo caso, basta con contener los efectos más destructivos de la anorexia o la bulimia, sin cambiar las disposiciones que promueven la obsesión corporal. Nos encontramos aquí en el caso de la *cronificación dulce*, un proceso por el cual el sujeto integra los trastornos alimentarios y los consejos terapéuticos en su vida cotidiana. Las prácticas de restricción siguen inalteradas. Esto último sólo puede llamarse salida de los trastornos alimentarios de manera muy torcida. Requiere condiciones económicas y culturales altas, susceptibles de permitir al individuo recurrir al mercado terapéutico según la gravedad de sus síntomas. En fin, el individuo puede desear en ciertos momentos abandonar los trastornos alimentarios pero, frecuentemente, prefiere conservar los beneficios derivados de las restricciones. La relación con las terapias es oportunista: elige una u otra, por ejemplo, psiquiátrica o psicológica, según su pérdida de control sobre sí. La explicación de su conducta también tiende a la irresponsabilidad: a veces considera que tiene una enfermedad como el cáncer, contra la que nada o muy poco puede hacer, en ocasiones considera que los trastornos alimentarios son fruto de su singularidad. También en el menú de explicaciones existentes el individuo se conduce como un actor inestable en todas sus preferencias excepto en una: mantenerse delgado sea como sea.

Pero ¿qué efecto tiene la terapia sobre el sujeto? La acción profesional permite apaciguar los rituales más compulsivos. El uso de fármacos puede ser de gran ayuda al respecto. Lo que conocemos como enfermedad se manifiesta, en ocasiones, como una interminable compulsión a la repetición de comportamientos, sin consideración alguna de momento y lugar. Así lo describe E8, con estudios de Bellas Artes y procedente de una familia de agricultores:

Pues estaba asustada, estaba cansada, o sea, la mente súpercansada, porque notaba que no tenía espacio para pensar en nada más. Ten en cuenta que son, todos los minutos de tu vida, durante ocho años, pensando en la comida. Tengas altos, tengas bajos, la comida te ocupa completamente. Estaba asustada, cansada. Cansada porque me daba cuenta de que no estaba viviendo mi vida universitaria, ni estaba aprovechando, que siempre que salía pues me sentía menos ¿no? Mis habilidades sociales, si no era con alcohol, que también el alcohol ha sido un referente presente en mi vida, pues no, no conocía gente ni me atrevía a hablar ni a entablar relaciones ni, pues eso, estaba como harta ya ¿no?, como desesperada. O sea, en el momento que yo acepto las ayudas es como si: "Haced conmigo lo que queráis porque ya soy un saquito" ¿no?

En dichas condiciones, el sujeto debe abandonar su empleo o sus estudios. La restricción corporal se impone sobre cualquier otra consideración y la fatiga acaba incapacitando. Sólo cuando se disfruta de tiempo para no trabajar –algo al alcance de adolescentes y burgueses- el individuo puede pasarse el día sin ingestión y evitando el consumo energético. En el caso de E7 (camarera y estudiante de origen obrero), la terapia permite una apertura cognitiva, condición de su inserción en el mundo.

Y, ¿cómo empiezas tú a notar que empiezas a salir?

¿Del tema?

Sí

Cuando dejo de medir calorías.

Las dos personas referidas carecían de capital cultural en su familia que les permitiera adelgazar. La terapia les ayudó a adquirirlo de manera racional y organizada. Fue, según E8 y, como suele suceder, el papel del nutricionista.

Adoraba a la nutricionista, o sea, para mi lo más importante de alguien que tenga esta enfermedad, es que se vaya a una nutricionista directamente. Porque es una persona, de pronto, en la que tú confías. Es una médica o un médico que te está dando datos exactos, con números y porcentajes de lo que tú puedes engordar, de lo que no. Te pesa, te hace dietas. Yo toda la confianza la tenía en ella.

Por tanto, la acción profesional permite suavizar las compulsiones de los hábitos adquiridos durante la enfermedad y racionalizarlos. Por otra parte, la terapia proporciona un capital cultural necesario para regular la alimentación con el doble objetivo de mantenerse delgada y no desfallecer. Pero la terapia, como puede verse en las palabras de E8, puede reforzar visiones del cuerpo solidarias con la anorexia y la bulimia. El cuerpo se define como un elemento susceptible de control racional, con un objetivo fundamental: compensar ingestas y gastos. La racionalización de ello no corrige los hábitos mórbidos. Al sofisticarlos, los refuerza.

4. La experiencia erótica rompe con el capital erótico

Un segundo modo de distancia crítica respecto de la ofuscación estética lo constituye paradójicamente la experiencia amorosa. Decimos paradójicamente pues pocos espacios de la vida humana han sido tan colonizados por la industria de consumo como el amor. En principio, ha sido la publicidad quien colocó en la posición soberana los deseos del individuo, deseos que ninguna regla puede, ni debe, contrariar. La exposición corporal se convierte en condición de la pasión, al menos desde que, en las primeras décadas del siglo pasado, los bailes van sustituyendo a los cortejos familiares como manera habitual de encontrar pareja. Además, poco a poco, fue el cuerpo quien revelaba la esencia de la pasión y no como en otros momentos la palabra o la escritura. El desplazamiento de lo escrito a la imagen constituye uno de los cambios fundamentales de la vivencia del amor. Según Eva Illouz (2009: 99-101) fue una coalición de la cultura obrera y la cultura de la vanguardia artística la que abatió las restricciones victorianas. La publicidad acompañó ese proceso presentando los bienes de consumo como condición del romance, un romance que requería el cuidado físico constante y la búsqueda de experiencias que ceben el entusiasmo amoroso. El cuerpo, junto con la búsqueda constante de aventura, garantizan no sólo la experiencia erótica sino también el matrimonio. Éste no se funda ya en la amistad sino en la emoción compartida en la esfera del ocio.

¿Qué parte de la experiencia amorosa puede desconectar de la esfera del ocio y de la búsqueda del impacto visual? La industria de consumo nos proporciona patrones estandarizados pero también la exigencia de que seamos auténticos y protagonistas de nuestro propio destino. En ese sentido, nos ofrece un espacio ideológico complejo,

donde se nos pide a la vez imitar y ser auténtico, vivir la pasión en el consumo y fundar el amor en la entrega desinteresada (Illouz, 2011: 28).

E8 se enroló en los trastornos alimentarios imitando a una amiga –rubia, delgada y de clase social más alta- con la que compartió estudios medios y de Bellas Artes. Durante ese tiempo vivió una existencia vicaria: su cuerpo imitaba otro. En el marco de una relación entre dos, la imitación obsesiva de E8 (banal en la sintomatología de trastornos alimentarios) reproduce una colonización del imaginario propio por el ajeno. Interpelada por su amiga, E8 abandona todo contacto con ella y comienza una inserción intensa en el mercado sexual y en la anorexia:

Era ligar más que nada por el impacto físico y ya está ¿no?

Sí, sí, sí.

¿Tú pensabas que eso tenía algo que ver con la anorexia?

¿Lo de ligar así por el impacto físico o lo de ligar por ligar?

Sí

A ver, yo creo que todo eso era un proceso un poco autodestructivo ¿no?, entonces pues la época mala, si es verdad que a mí lo único que me importaba era conocer gente, follar y tener algo que contar al día siguiente. Luego, conforme yo voy estando mejor, pues ya me preocupa más conocer a alguien más, quedar a tomarte un café, no tener que irte a la cama directamente. Era el mismo proceso, yo no comía casi nada, bebía mucho y quería, quería ligar, o sea, formaba todo parte de lo mismo.

E7 recuerda vivencias similares: la autoconciencia corporal y la inflexibilidad dietética intensifican su libido. Pero la conciencia rigorista de sus defectos corporales la volvía incapaz de experiencia erótica: “Cuando estoy más obsesionada con la comida estoy más obsesionada con mi cuerpo, entonces me da vergüenza desnudarme frente al otro, entonces, no me gusto, no me siento deseada, y si no me siento deseada... No hay nada que hacer”.

La psicóloga prohíbe a E8 beber alcohol lo que la obliga a frecuentar otros lugares y mantener relaciones más reflexivas. Pronto conoce a una chica con la que comienza una relación, saliendo definitivamente de la práctica de exhibición e impacto. Las comidas se hacen en común y la individualización de la existencia se relaja. Individualización no significa falta de compañía. Una persona puede estar en lugares públicos y tejer relaciones fugaces o, como le ocurría a E8, imitar secretamente a una amiga. Lo nuevo fue compartir una vida entre dos –con todas las rutinas diarias y con la imposibilidad de alimentarse en espacios privados.

Debemos retener un aspecto. Pese que el mercado sexual domina el imaginario del individuo, la experiencia erótica del individuo no se encuentra exclusivamente definida por él. La cabeza de E8, pero también su cuerpo, comenzó a tener nuevas ideas sobre qué era una relación erótica: se apoya en una narrativa compartida y en la comunicación verbal. La palabra, como si renovásemos briznas de experiencia amorosa otrora hegemónicas, se impone a la imagen:

Claro. Supongo que ya empiezan a caber más cosas en mi cabeza que no son el físico ¿no?, como las cualidades personales, el divertirme con esa persona, que me aporte cosas interesantes, como la crítica, la política y muchas cosas más.

Es cuando tú comienzas a pedir que te hagan disfrutar, eso viene después.

Sí, sí, viene con ella sobre todo. Es una chica que me ayuda bastante a pedir lo que quiero ¿no?, digamos que dinamiza conmigo esa... pues ese momento sexual de decir qué es lo que quieres, qué no y de exigir.

Una confirmación de esta disociación entre la experiencia erótica y el capital erótico la proporcionan las parejas inesperadas. E26 reúne un hambre atroz con un disgusto enorme por su corpulencia. Su nueva pareja, sin embargo, le permite mantenerse como es, pese a que su apariencia y sus gustos se encuentran en las antípodas. La confirmación de que el amor y el deseo funcionan con una persona delgada ayuda a aceptarse:

Mi novio, por ejemplo, es súper sano. Mi novio no toma nada que lleve el E-320, el E ciento no sé cuánto... no come nada que lleve aceite de palma, yo ya me sé todo eso y no le puedo comprar nada porque dice que lo estoy matando. Él es obsesivo totalmente, y pesa, el otro día fue al reconocimiento médico, 58 kilos, ¿me entiendes?, y está súper obsesionado con el culto al cuerpo: somos como el punto y la i... Él se compra salvado de avena, cuando vamos al Carrefour y yo me compro chocolate, pero bueno...

La experiencia del goce erótico se puede desconectar completamente del uso de los recursos eróticos como capital. Las personas rompen con las leyes del mercado erótico hegemónico (que tasa y valora ciertos estilos físicos) y establecen una escena propia, con reglas distintas y ajenas a las dominantes en el mercado sexual. La búsqueda del impacto permanente cede su lugar al trabajo afectivo y sexual intensivo con una persona. Nuevas dimensiones de la experiencia humana aparecen entonces y pueden llevar a olvidarse de los modelos dominantes.

5. El autocontrol se convierte en actividad

Las profesiones sanitarias registran, en la Encuesta Nacional de Salud de 2006, las tasas (66,99% y 64,77, respectivamente los licenciados y diplomados en ciencias de la salud) más altas de normopeso o peso insuficiente ¿Cabe atribuirles el normopeso por una intensa conciencia profesional, más allá de las inevitables consideraciones estéticas?⁴ Carecemos de información sobre si el bajo peso entre los sanitarios responde a prácticas restrictivas peligrosas o a un autocontrol para el que cuentan con todos los recursos que proporciona la profesión.

Según E7 los sanitarios forman parte del paisaje de las asociaciones de ayuda a la anorexia y a la bulimia, donde ella tiene una larga trayectoria como paciente. ¿Cómo explicar este vínculo entre las profesiones de salud y las personas con restricciones alimentarias severas?

El caso de E4 permite plantear una hipótesis, reforzada por otros dos casos (analizados y presentados en Moreno Pestaña, 2010: 156-161) Los trastornos alimentarios de E4 se desencadenaron cuando tenía 14 años. Practicaba baloncesto y se aprestó a imitar el aspecto de una compañera – muy delgada y procedente de una clase social mucho más elevada. Como militar profesional alcanzó peso debido a las restricciones que impone la vida en un buque: poca capacidad de movimientos y observación constante por parte de las camaradas. Ni podía seleccionar comida –que estaba impuesta por el régimen de vida- ni tampoco se confrontaba a un mercado corporal demasiado exigente: el resto de mujeres acumulaban más grasas que ella.

Posteriormente, comienza una formación como terapeuta de medicinas alternativas. Esa formación le permitirá, por un lado, ocuparse en su trabajo del control del cuerpo, con los beneficios que supone para una persona con una trayectoria larga de anorexia. He aquí la primera ventaja de una profesión médica para quien se enrola en una carrera de control corporal permanente. El control y la evaluación de las comidas y quedan integrados en sus rutinas:

Sí, yo siempre ya me cuido, siempre me cuido. Me cuido pero no hago dieta, sino que si tengo un paciente a las diez de la mañana pues a las nueve ya estoy desayunando o ya desayunada para que no me pille el toro. Además procuro tomar cosas que me den energías porque después no sé si voy a poder tener descanso o no. Afortunadamente hay días, hay mañanas, que no descanso y hay días que sólo tengo un paciente. Pero sí, las comidas sí. Procuro dejar organizadas las comidas por la noche para que no me den las tres y pico o las cuatro para

comer. O sea, yo eso lo tengo bien organizado, porque yo creo que si tienes hambre, no estás en lo que tienes que estar. Yo con el estómago vacío soy incapaz de pensar, yo creo que se me va un poco la mente si no como, porque alguna vez he estado con algún paciente hasta más tarde y no podía con mi alma.

En segundo lugar, E4 siempre tuvo conflictos con su entorno: cómo comer y cuánto. Creció en un medio de clase trabajadora donde se admiraba la abundancia y las cantidades y alimentos que ingería recibían críticas. Ahora puede legitimar sus opciones con discursos sanitarios. Tercera y última de las razones: en su nuevo contexto la gente es como ella y modula su cuerpo con los mismos objetivos, reforzando constantemente su compromiso de adelgazamiento.

Tus compañeras terapeutas, ¿son delgadas, son gordas?, en general...

No, que va... delgadas, no recuerdo ninguna gorda. Mira, para no mentirte, había una, que te puedo decir que pesaría los 70 y tanto o los 80 kilos y que era de mi estatura, o sea, gordita. Y esa era la más rarita, la más rarita en el sentido de que siempre estaba la última, hablaba poco, después tenía una voz muy... era muy tímida, no sé. Siempre estaba sonriendo pero era muy tímida, muy introvertida, y esa chica era la que más peso tenía. También, siempre, no sé... no pegaba con nada... un poquito más desaliñada. Limpia pero un poco desaliñada.

Y entre las pacientes, aunque ya me has dicho que no hay un perfil concreto, pero ¿tienes muchos pacientes gordos o gordas?

No, no... son delgados.

Entonces si tuvieses que describirlos, tú dirías que la mayoría son delgados

Sí, sí, delgados. En general son, o como yo soy o más delgados. Es decir, entre un peso medio normal a delgados. Sobre todo las mujeres que vienen... sí, porque vienen todas con ansiedad. En realidad, quitando los tres casos de mujeres que vinieron por obesidad, el resto no son gordas, o más bien son delgadas.

Otra posibilidad consiste en convertir la propia experiencia en credencial de acceso al mundo universitario y/o cultural. Caso, por ejemplo, de E7, que intentó labrarse una carrera estudiando los trastornos alimentarios. La expansión de un estilo, en las ciencias humanas, de relato en primera persona, muy ligado a ciertas corrientes de la etnografía y los estudios culturales, permite apoyarse en el capital de experiencia para revalorizar el propio discurso. En fin, el estudio y la consideración de problemas corporales puede ayudar a no perder la tensión respecto de los mismos, lo que reproduciría en las ciencias humanas y sociales una dinámica idéntica a la detectada entre los sanitarios: para evitar que el control corporal interfiera en tu trabajo, nada mejor que dedicarlo a ello, entre gente que también lo hace y que, por tanto,

comprende que cualquier actividad compartida (comer, salir de copas) debe incluir entre sus previos el cincelado del cuerpo.⁵

6. Liberar el trabajo del capital erótico

Todo trabajo tiene componentes estéticos y técnicos. Puede darse la situación de que los primeros acogoten a los segundos y los reduzcan a la mínima relevancia. E12 (familia de clase media alta, profesora y con trastornos alimentarios) fue contratada en un pub por "estar buena" y cuando se lo anunciaron sabía cuáles serían las condiciones para permanecer: mantenerse e incluso mejorarse físicamente y utilizar su atractivo para atraer y mantener a los clientes. Resulta difícil pensar cómo E12 hubiera podido reformular su empleo para hacerlo menos dependiente de su capital erótico.

El trabajo de vendedora en una tienda de moda ofrece más posibilidades. E1, una persona de origen obrero, trabajadora de una tienda desde los años 70 del siglo XX, recuerda la diferencia entre aconsejar ropa que siente bien y vender. Para lo primero, se necesitan competencias similares a la de un modisto: no en fabricar la ropa, pero sí en elegir entre las posibilidades disponibles qué sienta mejor. Vender consiste, según ella, en imponer una ropa: unos colores, un modelo, una talla, sin preocuparte de cómo se encarna en cuerpos concretos. Aconsejar no es vender y por tanto la vendedora no necesita ser una percha. Ella se considera una consejera.

Con menos claridad, el discurso de E1 reaparece entre las trabajadoras más mayores. En un grupo de discusión, E27 (casada con un ordenanza y con estudios de EGB) reclama su competencia como trabajadora pese a desentonar estéticamente:

Yo llevo 25 años vendiendo y nunca he mentido en mi trabajo, y he vendido pequeños electrodomésticos, que es un tema un poco, verás... yo en perfumería llevo dos años y no he tenido ningún problema. Yo no tengo un físico despampanante y yo no tengo ningún problema, yo tengo experiencia en ventas. En los años que llevo trabajando, mi físico nunca ha sido un obstáculo. Yo siempre he sido lo que veis, yo tengo 50 años ya, ya he batallado... También he tenido otras tallas. Cuando se llega a ciertas edades, es que engordas.

Ciertamente, solo resulta posible en ciertos sectores de la venta: el producto que vende E27 no invita a la emulación estética y su público no persigue los mejores diseños para realzar su figura. Como le recuerda E28 (con 28 años, estudios de

grado medio y dependiente) con ese discurso se cierra ciertas oportunidades de empleo. Las conexiones entre los empleos y la moda de elite transmiten otros prototipos corporales. Para comprender la lógica de qué se vende en una tienda (los tejidos, los colores, las tallas distintas según secciones) necesitamos trasladarnos a muchos kilómetros de distancia y a espacios sociales exclusivos. Son ellos quienes imponen el patrón:

Yo he tenido trabajos en los que me han cogido por ser rubia ¿vale?, en los que el requisito era ser rubia. Antes cogían a chicas más delgadas, que tú las veías y... hombre, yo nunca he sido gorda, pero sí una chica con curvas, y tú ibas a un Bershka o a un Stradivarius y te deprimías, yo salía de allí medio deprimida. Pero es que eso también ha cambiado porque culturalmente hemos cambiado, porque antes también ibas a las tiendas de belleza, de cosmética y todo lo que había eran muchachas jóvenes que te intentaban vender unas cremas que ellas no necesitaban, y te las ponían como ejemplo. Pero es que ahora, culturalmente hemos cambiado bastante, en el sentido de que también venimos ahora de la moda de Hollywood, antes, en los 90, en el principio de los 2000, estaban modelos como Claudia Schiffer, Kate Moss, andróginas, era lo que se llevaba, chicas súperdelgadas, súperescuálidas... de hecho, llegó un tiempo que iban maquilladas de forma que se les viera mal aspecto, hubo una época que se llevaba eso, el ir como con los ojos cansados y... entonces, lo que tú veías era eso. Pero ahora, ¿qué es lo que tenemos?, ahora tenemos chicas como Scarlett Johansson, que vienen con sus curvas, tenemos a mayores que promocionan cremas anti-edad, a Christina Hendricks con una talla 44-46, que ahora está considerada como una de las mujeres más sexys del mundo, ¿eso cuándo lo hemos visto?, pues ahora las tiendas también quieren representar esa mezcla.

E29, de 35 años, con origen obrero y que trabaja en un stand de cosmética, recuerda que los requisitos estéticos son fundamentales para las empresas: podrían citarse muchas declaraciones al respecto. La resistencia, en el mundo de la moda, nunca puede ser individual. Las condiciones de trabajo de E1 –una firma de nivel local que trabajaba en condiciones de casi monopolio, una dirección paternalista, una fuerte solidaridad entre trabajadoras y una cierta politización- existían durante la Transición española, pero no hoy. Leamos a E29:

Yo he tenido otro caso reciente, de una compañera nuestra, en una firma que no voy a dar el nombre. Había una compañera que era buenísima, muy trabajadora, estaba rellenita, muy simpática, y además, vendía muchísimo. Y llegó un día el jefe, el jefe de la firma, porque allí, sus compañeras estaban muy contentas con ella porque era muy trabajadora, era una trabajadora nata, vamos, para mí, incluso me gustaba muchísimo, de hecho si algún día hiciera falta para mi firma, yo la recomendaría. Entonces, llegó un día el jefe, el que está por encima que nunca ve nada, y se reunió con las compañeras y les dijo que a esa chica, como estaba gordita no la quería y al día siguiente dejó de ir. Y era, una de las mejores trabajadoras que he visto yo por ahí.

El control patronal aporta una parte de la presión, la otra procede de las propias trabajadoras. Las tiendas, sobre todo las más juveniles y exclusivas, promueven una elite estética que compensa simbólicamente los sueldos reducidos y las extensas jornadas laborales. Las trabajadoras acceden a los diseños más en boga, participan de una cultura de la parranda que permite el contacto con los chicos y chicas más guapos de su edad, que facilita la hipergamia matrimonial, acceden y consumen gratuitamente en ciertos locales y, sobre todo, su trabajo les aporta un capital cultural que las convierte en centro de buena parte de sus relaciones: a veces con clientas de mucha alcurnia de quienes se convierten en consejeras y proveedoras estéticas. La investigación constata continuos juegos estéticos de competencia horizontal entre trabajadoras aprovechando los más variados entornos (vestuarios, trabajo, calle). En el grupo de discusión celebrado en la ciudad más pequeña, hubo que esperar casi hasta la hora para que el sentimiento de pertenecer a una elite se expresara. Pero lo hizo pese a la resistencia del conjunto, significado sobre todo por E31 (origen obrero y estudios universitarios), delegada sindical en Carrefour, y que defiende las competencias técnicas. Carrefour (con sus uniformes sin glamour, como reconoce E31) no es el marco en el que se desenvuelve E30 (hija de funcionario y vendedora):

E30: Yo personalmente, y no soy hipócrita, yo realmente, que ya digo, que después voy a valorar muchos más aspectos pero lo primero... yo, [si fuera empresaria] no voy a meter a una persona gorda, a ver, lo digo y yo creo que cada una lo haría.

E31: No.

E30: Yo tengo un negocio personal...

E31: No hables por las demás.

E30: A ver, si fuera tu negocio...

E31: No.

E30: Si fuera tu negocio, depende del negocio, ¡ojo!, depende el negocio.

E31: De venta al público, de cara al público, de ropa, de lo que tú quieras. No, yo no me siento hipócrita y te lo digo porque lo dije al comenzar la reunión, es que para mí no es lo más importante. Yo quiero que sea trabajadora, que no se escaquee, amable, simpática...

E30: Pero perdona, ¿me has escuchado lo que he dicho al principio? He dicho que hay muchos aspectos, que no es solamente el aspecto físico pero lo primero cuando tú entras en un establecimiento y lo que te llama la atención... a todos, a todos.

E31: Yo te digo que no, lo siento hija, no.

El resto de las participantes comienzan a negociar hasta dónde la dirección puede imponer buena presencia, desatando el fantasma de maniqués serviciales cercanos

a la prostitución. E32, dueña de una tienda de premamá y de 53 años, acude al prototipo de una mujer esclavizada, sin lograr que E30 ceda. Posteriormente, E32 introduce una versión más ligera del capital erótico: sólo exigiría lo que ella, ya no como empresaria sino como consumidora, desearía ver en una tienda. En ese momento hasta E31 le concede razón:

E32: En Emiratos Árabes, se exige a las trabajadoras labios rojos y uñas rojas y a partir de ahí las miden. La presencia física es, no lo primero, sino lo anterior a lo primero [...].

E31: Es que cada empresa pone sus pautas, sus normas, es que hay que respetar, porque a lo mejor yo tengo un negocio y digo "bueno, pues lo a las chicas que quiero tienen que ser morenas y que midan 1,70", ¿no?, pues eso es lo que yo quiero en mi empresa. [...]

E32: Pero el aspecto físico es el flash principal, para mí, porque vamos, aparte de ser yo vendedora también soy consumidora. Porque yo tengo hijos de veintitantos años y si yo entro en una tienda para comprarle algo a alguno de mis hijos, miro a la persona a ver cómo va vestida. Y muchas veces le digo: "Mi hijo lo que quiere son zapatos como los que tú tienes".

E30: Sí, o que te llegan y dicen: "¡Ay, qué me encantan la falda que tú tienes!, ¿dónde la has comprado?"... "Pues quilla, ve arriba que está en la segunda planta".

El grupo de discusión compuesto por trabajadoras más jóvenes de una ciudad más grande reivindicó sin censuras del capital erótico. E32, a la que todo el grupo alaba su excelente físico, dispone de la mayor titulación y procede de la clase social más alta. Puede decir sin que nadie lo conteste:

Luego sí, nos ponemos todas muy finas, todas queremos que estén embarazadas en todos lados... pero cuando entras a un sitio, tú vas a comprar algo que tú quieres, tu deseo. Entonces, si tú vas a una tienda, tú no quieres ver gente gorda ni quieres ver ropa de gente gorda.

La gordura, tal es la cultura entre tales trabajadoras, excluye naturalmente de trabajos como los suyos. Conforme aumenta la cualificación profesional, acudir a los requisitos técnicos se vuelve más fácil y legítimo. Ciertos puestos de trabajo se encuentran monopolizados por ciertos prototipos estéticos. Trabajar en cierto museo requiere –aconseja el director de tesis a una profesora– ser rubia y sofisticada. A la vez existen continuas sanciones a quien no se cuida. Pero cuidarse quiere decir algo distinto entre vendedoras de moda y universitarias. Si las segundas asumiesen la presentación estética de las primeras alguien las pondría en su sitio: un capital erótico muy valorizado es síntoma de inmadurez o, aún peor, de que consiguió el puesto con recursos equivocados. Cuidarse, fundamentalmente, consiste en ir arreglado, esto es, no en exhibir la carne sino la ropa.

El mundo del arte ha visto crecer también las exigencias estéticas. En la ópera o en el flamenco (por no hablar del siempre exigente mundo de la danza), la gordura cotiza tan bajo como en las tiendas. Dado que son sanciones informales (en la danza son públicas y formalizadas), las personas pueden remitirse a la historia de su campo (donde la excelencia y la corpulencia se daban la mano hasta hace muy poco) para reivindicar sus cualidades técnicas.

7. La crítica política

Por último, existe la posibilidad de una crítica política de la imposición del capital erótico. Política puesto que relaciona éste con relaciones de poder arbitrarias, susceptibles de modificación. Ésta puede aparecer en el mundo del trabajo, cuando se ha interiorizado la crítica técnica y la persona se convence de que su apariencia física solo es un añadido insustancial a su labor. Cabe decir que no se encuentra muy extendida. Entre el resto de vendedoras apareció tímidamente en E31 (representante sindical) pero fue incapaz, como se ha visto, de resistir las acometidas del resto de las participantes.

Más intenso fue en E33, que procede de clase media y trabaja como gestora cultural. De hecho, ser vendedora le sirve para mantenerse económicamente mientras pelea por sacar adelante una empresa de representación artística. Denunció en el grupo de discusión las exigencias más invasivas de las tiendas -cierto que cuando este llegó al final y tras continuas promesas de respetar el anonimato-: la incitación a salir por la noche de fiesta para exhibir los modelos y captar clientela, la falta de tiempo para comer, especialmente lesivo para trabajadoras con salarios mileuristas y con jornadas laborales agotadores. Por si fuera poco, deben además, mantenerse esbeltas -lo cual requiere o bien condiciones económicas para comer sano o bien tiempo para preparar tu condumio. Ya, en una entrevista individual, habló con más tranquilidad aunque cada una de sus frases se encuentra quebrada por el miedo. Su compromiso es excepcional y depende, en parte, de que E33 dispone de redes sociales más amplias y fuertemente distanciadas de sus compañeras. El mundo de la cultura no solo le provee un futuro laboral alternativo sino también marcos ideológicos distintos. Sólo en condiciones similares resulta factible afiliarse a un sindicato y enfrentarse a los ataques de las compañeras y la dirección:

Tú te afiliaste a un sindicato

Yo me afilié.

¿Cuándo y por qué?

Hace poco, hace pocos años. Hombre, porque estoy hasta los cojones de que me tomen el pelo, y veo que con las compañeras no se puede hablar porque lo aprovechan para darte una puñalada.

Bueno, yo de hecho lo comenté en la tienda que estábamos y pensé después: "Lo callaré hasta la muerte, no he dicho nada". Bueno, mi jefe, me acuerdo que no sé qué ocurrió con los festivos y tal y le dije: "Bueno, me gustaría preguntarlo a tal" y bueno, ya eso me lo repitió veinte veces: "Tú puedes preguntar al sindicato, no sé qué, no sé cuánto...", ya era, cada conversación, como que yo era una rebelde ¿entiendes?

Los sindicatos allí son la peste ¿no?

No, no. Es que yo no he trabajado en ninguna empresa que tuviera sindicatos. Tiene Inditex, en aquel entonces, que yo ni sabía que tenía, y luego en las demás empresas que yo he trabajado, no tenía ninguna un sindicato. Es que tú no puedes... es que yo digo... yo entro nueva en un trabajo, y digo: "Oye, ¿por qué no creamos un sindicato?", y es que estoy en la calle. Habría que hacerlo por detrás y tal, y como están las cosas, yo lucho por mis derechos, pero es que yo necesito también trabajar, José Luis, ¿cómo coño lo hago?

Que sí, que sí.

Pues me afilio yo a mi bola, pregunto yo a mi bola y he aprendido la lección en este último trabajo, que cuando me digan: "¿Tú estás afiliada?", y yo diré: "No".

El feminismo proporciona otro recurso de crítica política. Aparece a menudo entre intelectuales y artistas. Sin embargo, no va de suyo que contribuya a la crítica del capital erótico porque puede no contemplarse como algo arbitrario. Por tres razones: en medios con alto capital cultural, éste ayuda a presentar la delgadez como asunto de salud o de estilo, desconectado de la belleza o de las formas más banales de atractivo. Las prácticas de restricción alimentaria quedan legitimadas. Además, los trastornos alimentarios pueden concebirse como una rebelión feminista, desconectados de cualquier preocupación estética: se admite, a lo sumo, que existe un trastorno alimentario vulgar –ese sí centrado en la moda– que no es el de ellas, las intelectuales. En fin, entre las clases medias y altas, los datos estadísticos lo rubrican, el peso insuficiente se encuentra muy extendido. E8, con estudios de Bellas Artes y diseñadora gráfica, considera que en su trabajo con las instituciones ayuda ser guapa y delgada. Habla con mujeres, la mayoría feministas, a las que eso les da confianza. La delgadez es casi una puerta de entrada a ciertas clases y aunque se permiten las excepciones, también se penalizan:

El modo de vestir afecta. Cómo te presentas de cara al público ¿no?, te presentas elegante o te presentas hecha una piltrafa o con chándal, pues eso habla de tu trabajo, por desgracia. Y

el físico pues bueno, yo creo que a veces, o sea, no es que mi trabajo les guste porque yo sea de una manera u otra. Mi trabajo es bueno porque es bueno o malo porque es malo, pero si me ven una chica joven, así, medio guapita, delgada, que es diseñadora gráfica, le atribuyen un valor, a ese trabajo.

¿Más entre los hombres o entre las mujeres?

[Silencio] No tengo casi ningún cliente hombre.

¿Son todas mujeres?

Casi todas sí.

¿Cómo son?

Pues son... las que son más mayores vienen de alguna administración, esto del Instituto de la mujer y demás, pero son mujeres... pues de una edad de cincuenta y algo años o así, bastante modernas ellas, actuales y demás. Casi todas dentro de un ámbito de trabajo del feminismo, y otras mujeres pues son más amigas, más jóvenes, cercanas.

Falta aquí aquello que permitía la revuelta de E33: la conciencia de que el capital erótico es una imposición absurda, discriminatoria con las mujeres y que obliga a un cuidado mórbido de la línea en el trabajo o en la vida.

8. El Estado y el capital erótico

Acción profesional, amor y trabajo proporcionan herramientas críticas contra la presión corporal. La primera permite distanciarse de la compulsión repetitiva característica de hábitos contruidos con el objetivo, en cualquier tiempo y momento, de adelgazar. El segundo ayuda a construir en común aspectos íntimos de la existencia y, además, permite comprobar la distancia –no siempre muy grande, pero existente– entre el cuerpo placentero y merecedor de amor y deseo y el construido por la norma comercial. El trabajo, en fin, sobre todo en tiendas de moda, puede también conocer objetivaciones de la presión estética: se oponen a ellas el despotismo patronal y la complicidad activa de muchas trabajadoras, atrapadas por el miedo a perder el reconocimiento de los jefes, pero también por los privilegios de pertenecer a una elite estética: con sueldos y horarios proletarios sí, pero elite al fin y al cabo.

No hay misterio en saber cómo puede actuarse contra el despotismo patronal. Basta con cumplir la ley. Sucede que nuestras sociedades, como escribió Foucault, se apoyan en una gestión diferencial de las ilegalidades: unas se persiguen y otras no. Pero intentemos en esta conclusión responder a una pregunta más difícil. ¿Podría el Estado modificar los criterios de definición del capital erótico?

La definición del capital corporal no es ajena, por acción o por omisión, al Estado. Para aclararnos sobre el Estado, insiste Bourdieu (2012: 264-278), debemos romper con la idea de que es una entidad separada de la sociedad civil. En realidad, por un lado, existen diferencias entre grupos con grados diversos de acceso a los recursos públicos según su posición en el espacio social. Por otro lado, el Estado puede controlar, más o menos, los diferentes recursos que hay en un país. Cuando los recursos públicos son regulados por cuerpos de especialistas –controlados a su vez constitucionalmente- que actúan emitiendo leyes con pretensión universal, el Estado resulta más fuerte, hay más Estado en el sentido de servicio público. En segundo lugar, cuando las leyes del Estado pretenden y pueden controlar mejor los vínculos entre las diversas configuraciones sociales –familia, arte, economía, ciencia- el Estado se convierte en un ordenador de las relaciones que los diversos espacios sociales pueden mantener entre sí.

El análisis de las comisiones de expertos, su composición, las resoluciones que adoptan, la fuerza que tienen éstas es una de las claves para comprender efectivamente qué es el Estado y quién lo compone. En primer lugar, quiénes son los grupos con mayores accesos a los recursos públicos. En segundo lugar, qué poder tienen esas instancias públicas para dominar la vida social, es decir, cómo son capaces de imponer o no reglas de control de una parte del espacio social sobre otras. Recordemos qué sucedió respecto de las tallas con una comisión de expertos.

El 23 de enero de 2007 el Ministerio de Sanidad y Consumo firmó un acuerdo con diferentes cadenas del sector para unificar las tallas de ropa en España.⁶ Las asociaciones de enfermos de anorexia alertaron acerca de la diferencia entre tallas no solo entre las diferentes cadenas textiles, sino incluso dentro de las propias tiendas. Evidentemente, eso produce malestar en las mujeres, siempre y cuando supongamos que no pueden dejar de comprar ropa o ir con ropa ancha. Es decir: siempre y cuando supongamos que la exhibición corporal y vestirse a la moda es una ley fundamental de la autoestima (podría ser conocer la tabla periódica de los elementos o discurrir sobre Calixto y Melibea). El gobierno convocó a los diversos sectores y propuso, porque tal es el formato de la acción del Estado (la búsqueda de un lugar neutro), un estudio científico sobre las tallas. La ciencia antropométrica se vio investida de la misión de decir la verdad sobre el mundo social, es decir, de definir qué capital corporal debe tenerse para sentirse bien con la ropa que uno se compra. El estudio, fechado el 7 de febrero de 2008, establecía tres morfotipos corporales y

los definía según clases de edad. A partir de tales morfotipos se propuso un sistema de tallas que las marcas se comprometerían a respetar.⁷ El Estado, aliado con el mundo científico, intenta controlar el mercado de la moda para proteger el campo familiar (o al menos a algunos de los portavoces del mundo de la familia).

El resultado se conoce. Las marcas no asumieron el acuerdo por la sencilla razón de que sabían que se apoyaba en un supuesto que hacía imposible respetarlo. Es éste: la competencia corporal es una de las condiciones de la jerarquización cotidiana en nuestras sociedades. Esa competencia se basa en la distinción, la sobrepuja y la jerarquía, y quienes reivindican marcas más científicas, tallas más amables, quieren jugar el juego reduciendo su dureza pero no renuncian al juego mismo.⁸ El Estado no hizo nada para imponerse porque su control, como buen Estado neoliberal, renuncia a imponer un control público (legitimado científicamente por la antropometría) sobre el capital corporal. Y las elites piensan que quienes se quejan de las tallas "son envidiosas, son las típicas madres gordas que se sientan en el sofá y todo el día están comiendo patatas fritas" (Karl Lagerfeld en *Grasa*, 2012).

Sin embargo, existen recursos para actuar públicamente: tan sencillos como apoyarse en una fracción del mundo de la moda. Una diseñadora entrevistada insiste en el escándalo que causa la obsesión por las tallas reducidas, también entre los diseñadores y como todo ello favorece la anorexia y la bulimia.

Efectivamente, estuvimos en un estudio también en el que nos reunieron a un sector de la moda de y la preocupación sigue siendo que la salud forma parte de... desgraciadamente tiene una relación directa para mal en este caso con el mundo de la moda, ¿no?, porque toda esa exigencia que hay por parte de las agencia de modelos, por los profesionales que forman a las modelos, siempre es "qué gordas estáis, qué gordas estáis", aunque estén delgadas. Entonces eso llega un momento en que ya te decía, que si la chica no tiene la cabeza bien amueblada pues puede caer en ese exceso de delgadez y convertirse desgraciadamente en una enfermedad como la que padecen muchas.

Además, como bien dice, el sector de la moda necesita de la administración para sobrevivir, para publicitarse.

Hubo una época en la que nos sentimos un poquito más apoyados por medio precisamente de la Junta de Andalucía y de los organismos oficiales, que en definitiva son los que te pueden ayudar con subvenciones o ayudándote de alguna forma para poder llevar a cabo este tipo de pasarelas que oye, que en cualquier lugar de España hay alguna pasarela reconocida, ¿por

qué Andalucía no puede tener una pasarela como Dios manda, no? Por eso estamos luchando, por eso yo como representante de la moda andaluza cada vez que tengo oportunidad pido y reivindico esa ayuda que necesitamos los profesionales.

Otra diseñadora, más joven, insiste en que hay un mercado potencial enorme para tallas grandes, susceptible de ser promocionado por medio de incentivos públicos:

Hay un sector, por ejemplo el de las tallas grandes de mujer, que es un sector que está poco explotado y mucha gente no quiere diseñar porque no es lindo diseñar para una chica gorda porque las proporciones son bastante deformadas y estéticamente no se ve igual de bonito: pero a nivel de negocio es un negocio muy bueno. Porque si tú te vas por ejemplo a un barrio mayorista aquí en Andalucía, Barcelona o Madrid del total de los negocios que hay puede haber solo 2 o 3 de 100 que sean de tallas grandes, o sea no es nada la proporción, o sea que el negocio existe para hacerlo. Pero claro, a nadie le gusta trabajar con talla grandes.

P: Entre los diseñadores ¿a nadie le interesan las tallas grandes?

F: Mira ni Zara tiene tallas grandes, ¿sabes? Acá yo hice un estudio de tallas grandes porque quería hacer una empresa pero al final no pude confeccionarla, pero tallas grandes aquí en España... Mira, tenemos una tienda en un hotel que va la gente a adelgazar y tenemos una tienda dentro del hotel que teníamos tallas grandes para gente que viniera gordita. Le comprábamos a marcas italianas. Porque aquí en España hay muy poco y lo que hay no es bonito, es como una carpa así... blusón estampado de flores grandes, pero no están haciendo un diseño... y ningún diseñador español o que viva en España que yo sepa hace tallas grandes. Podemos encontrar por ejemplo en H&M, en TopShop, pero porque son marcas que vienen de países escandinavos e Inglaterra que la gente es más grande ¿no? pero es un mercado que en España quedó un poco apartado y hay mucha gente obesa acá.

9. La lucha contra la discriminación corporal

¿Cómo combatir pues la discriminación corporal en el trabajo? Algunas respuestas posibles derivan de una política del trabajo y otras de una política del cuerpo y, sobre todo, de un mixto entre ambas. La teoría política republicana (Pettit, 1999: 96-97) diferencia entre dos modelos de oposición a la dominación ilegítima. La primera posibilidad consiste en distribuir entre todo el mundo un poder idéntico, lo que permitiría negociar acuerdos en igualdad de condiciones. Los recursos deberían distribuirse lo más equitativamente posible para evitar que alguien someta a los demás en la vida cotidiana: es una solución libertaria. La segunda alternativa aboga por una autoridad constitucional fuerte que regule la dominación teniendo en cuenta de la manera más imparcial posible los intereses de todos los implicados: es una acción más estatista, constitucional.

Ninguna acción política se acomoda perfectamente a esta división. Considero, sin embargo, que la primera opción que presentaré se corresponde la alternativa libertaria –aunque supone la existencia de un Estado que fuerza la distribución y que vigila que la acumulación desigual de recursos no se produzca. El segundo tipo de acción que presentaré congenia mejor con el estatismo: considera que ciertas ideas o prácticas que tienen influjo social son ilegítimas, por muy extendidas que se encuentren –en este caso, la valoración hiperbólica de la delgadez y del capital erótico. Allí donde aparecen se les reprime. Pero, la acción no es puramente negativa y represiva (sobre los dominantes), sino que también, como veremos, distribuye recursos favoreciendo a quienes comparten esta idea en ciertos entornos profesionales. La regulación es lo central, pero la distribución de recursos – aumentando la oferta de los tipos de ropa con escala amplia de tallas- favorece la autoestima y, con ello, la fuerza de negociación de los propios implicados.

Vayamos con la primera alternativa, que considera legítima la discriminación corporal. La discriminación por razones corporales se encuentra reconocida en algunos trabajos, por ejemplo en las pruebas físicas para el acceso al cuerpo de bomberos o a las Fuerzas de Seguridad del Estado. La existencia de discriminaciones corporales entre trabajadoras de atención al público (en bares y tiendas de moda) parece un hecho atestado.⁹ La pregunta sería, ¿es consustancial al oficio de vendedora o de camarera tener ciertas propiedades físicas? Si así es, la discriminación se deriva de una exigencia del puesto de trabajo. Por tanto, una salida posible consistiría en oficializar los criterios. Así, estos dejarían de funcionar de forma caprichosa e injusta: las candidatas a tales empleos sabrían qué hacer para lograrlos y podrían activar un programa racional (en su cuerpo, en su apariencia) para la consecución del trabajo. Se objetivaría así la carrera de vendedora o de camarera y las trabajadoras sabrían a qué atenerse, no dependiendo del albur de quien un día la ve gorda o desarreglada y otro no, o blande la amenaza de su físico según coyunturas de dominación patronal. La idea aparece en los discursos de las trabajadoras, sobre todo cuando en los grupos de discusión se relajan las censuras. Como consumidoras, dicen, queremos a alguien que nos dé confianza y no podemos aceptar que nos aconseje quien no sabe cuidarse a sí misma.

Si se acepta esta solución, la intervención pública debería calibrar la posibilidad de introducir programas para mejorar la apariencia corporal de los más desasistidos -los pobres y los que han perdido el ritmo de la moda, por ejemplo la población madura

que busca empleo. Catherine Hakim (2012: 213) recuerda cómo la *Glasgow School of Hotel Management* trabaja para extender morfologías y estilos distinguidos entre trabajadores pobres que desean trabajar en "hoteles de alta gama". Una nueva codificación de los puestos de trabajo convertiría la apariencia física y el estilo en una condición de entrada, permanencia y, llegado el caso, de salida. Los poderes públicos deberían incluir en los procesos formativos las exigencias de capital erótico, de acuerdo con sindicatos y empleadores. Ciertamente, esos nichos de empleo se convertirían en más exclusivos de lo que son. Lo mismo cabría promover en otros oficios, como los artísticos, donde el grosor se ha convertido en fuente de exclusión y donde de hecho los que se forman reclaman cada vez más a sus profesores consejos sobre cómo estar al día.

Una vez asumida tal línea, el control público debería exigir que tales empleos se encuentren a la altura, en condiciones de trabajo y en salario, de la cualificación que exigen. Las trabajadoras dispondrían de tiempo para una alimentación equilibrada –lo cual exigirían cambiar la dominación despótica de la empresa sobre los horarios, así como una metódica regulación de las comidas y la habilitación de lugares donde sea posible comer como mandan los cánones del trabajo–, se les debería reconocer tiempo para aumentar su calidad estética y facilitarles salarios que les permitan trabajar su apariencia sin sacrificios desmesurados. La entrada de organizaciones sindicales en tales empresas sería condición necesaria de un trabajo que debería quedar más regulado y más cualificado.

Puede contestarse esta opción por múltiples razones, pero centrémonos en dos. La primera, la formulan algunas trabajadoras: el aspecto físico es completamente absurdo para vender bien o atender una barra y no digamos para cantar o bailar. Para lo primero, basta con tener cualificación con la clientela. Algo así se comprueba en el mundo de la alta costura, donde personas muy valoradas y con apariencias poco ortodoxas –algunas muy gordas– diseñan para todo tipo de cuerpos. Para lo segundo, podría considerarse, con buenas razones, que la exhibición e insinuación erótica no forma parte del servicio de ciertos pubs o de la atención de un público en un museo o en una empresa de viajes. En fin, la propia tradición artística muestra cómo se puede bailar o cantar con gorduras diversas, a veces con mucha corpulencia, y por tanto sólo el racismo estético justifica la marginación de los artistas según tales parámetros.

De tomar este sendero, la acción pública podría actuar en dos direcciones. Por un lado, estimulando al sector de la moda, minoritario pero existente, que se enfrenta a la dictadura de la delgadez. La acción pública debería promocionarlo exigiendo a las empresas del sector acuerdos, y su cumplimiento, sobre tallas de ropa. Ese impulso permitiría, fácilmente, impulsar una política del cuerpo diferente: desaparecería la sanción de las tallas trucadas (40 que son 38 o 36 en ciertas tiendas y en ciertas secciones, sobre todo las más juveniles) o de la inexistencia de ropa de tallas grandes (que ha menudo llega únicamente hasta la 46). La mayor variedad de conjuntos disponibles contribuiría, sin duda, a fortalecer (o, como hoy se dice, empoderar) a un número más amplio de personas. Obvio decir que los trastornos alimentarios surgieron, en parte, con la delgadez convertida en norma de la moda. Cambiando dicho patrón, muchas veces patológico, se transformaría el campo de la moda y, con él, las prácticas de venta y de gestión de la mano de obra de muchos servicios donde cuenta el capital erótico.

Por otro lado, debería penalizarse cualquier forma de discriminación por la apariencia física, creando una legislación severa al respecto. Se impone también, cómo no, el refuerzo de la presencia sindical y de la presión de la Inspección de trabajo en empresas donde se discrimina a la gente por su apariencia.

¿Cuál es el problema de esta segunda opción? Presumir que resulta arbitrario un patrón, como es el estético, que tiene muchos siglos de historia y que arroja menos variedades de lo que un culturalismo bienintencionado -pero muy desinformado- puede imaginar: no han existido, al menos en los últimos siglos, tantas formas diferentes de ser bello. Lo que sucede hoy es una extensión a todas las capas sociales de algo que se encuentra con nosotros desde hace más -podría decirse que mucho más- de tres siglos. Por eso permea tan profundamente el inconsciente de los individuos: no es una historia de anteayer, aunque los años 80 del siglo pasado incrementaron la presión estética hasta extremos excesivos. Las trabajadoras de los servicios hablan de que ellas venden deseos (entre los que se encuentra ser guapas y parecer jóvenes: también lo hacen las camareras o las artistas a su manera) y sobre los deseos no se debe legislar excepto en casos extremos. Por lo demás, ¿que legitimidad tiene el Estado para contrarrestar el voto masivo de millones de consumidores, que eligen esas tiendas y pelean como si se tratase de salvar su vida por estar delgados?

Existe otra posibilidad ajena a las dos que presentamos. Considerar que el cuerpo debe apartarse del sistema moda/belleza y, sobre todo, de su obsesiva persecución de la delgadez. Porque en las dos alternativas anteriores ese sistema se asume aunque se corrige. Como se ha comprobado, la experiencia erótica no se reduce al capital erótico, ni la vida buena a la apariencia estética –que en ocasiones reprime las posibilidades de desarrollo intelectual y político de los individuos. Una administración podría recordarlo pero si no cambiase las reglas cotidianas en un campo tan importante –para la subsistencia y la autoestima- como el del trabajo, su mensaje sería -y lo sería objetivamente- hipócrita.

Referencias

- Ayuso, Miguel (2013): "El sorprendente beneficio de la gordura: las personas con sobrepeso viven más", *El confidencial*, 9/3/2013. <http://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2013/01/04/el-sorprendente-beneficio-de-la-gordura-las-personas-con-sobrepeso-viven-mas-112129/>. Consultado el 10 de marzo de 2013.
- Bourdieu, Pierre (2012): *Sur l'État. Cours au Collège de France 1989-1992*, París, Seuil.
- Chollet, Mona (2012): *Beauté fatale. Les nouveaux visages de l'alienation féminine*, París, La Découverte.
- Europa Press (2013): "Cirugía estética para conseguir mejores trabajos", *Público*, 17/3/2013, <http://www.publico.es/452235/cirugia-estetica-para-conseguir-mejores-trabajos>. Consultado el 20 de marzo de 2013.
- Fundación Imagen y Autoestima (2008): *Análisis sobre el grado de unificación de tallas de ropa en España y el impacto en la salud de las personas*, http://www.f-ima.org/doc/INFORME_COMPLETO_BAROMETRO_TALLAS.pdf. Consultado el 3 de mayo de 2013.
- Grasa, Carmen (2012): "La guerra de las tallas", *La Vanguardia*, 13/4/2012, <http://www.lavanguardia.com/estilos-de-vida/20120413/54283658217/la-guerra-de-las-tallas.html>. Consultado el 4 de enero de 2013.
- Hakim, Catherine (2012): *Capital erótico. El poder de fascinar a los demás*, Barcelona, Debate. Traducción de Jofre Homedes Beutnagel.
- Lucio, Cristina (2008): "El 40% de las españolas tiene problemas con las tallas de ropa siempre o alguna vez", *El Mundo*, 7/2/2008, <http://www.elmundo.es/elmundosalud/2008/02/07/mujer/1202375816.html>. Consultado el 1 de mayo de 2013.
- Illouz, Eva (2011): *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*, Buenos Aires, Katz. Traducción de María Victoria Rodil.
- Leibowitz, Lauren (2013): "Prada Employee's Lawsuit Now Involves 'Discrimination,' Aid From UN", *The Huffington Post*, 24/4/2013, http://www.huffingtonpost.com/2013/04/24/prada-employee-lawsuit-discrimination-un_n_3147281.html. Consultado el 1 de mayo de 2013.

- Mars, Amanda (2012): "Empresa busca guapo", *El País*, 4/8/2012, http://sociedad.elpais.com/sociedad/2012/08/04/actualidad/1344095401_265942.html. Consultado el 1 de mayo de 2013.
- Moreno Pestaña, José Luis (2010): *Moral corporal, trastornos alimentarios y clase social*, Madrid, CIS.
- Poulain, Jean-Pierre (2002): *Sociologies de l'alimentation*, París, PUF.

Notas

1. Proyecto sobre mercado de trabajo y trastornos alimentarios encargado por la Consejería de Salud de la Junta de Andalucía. El equipo de investigación estuvo compuesto por Francisco Manuel Carballo Rodríguez y José Luis Moreno Pestaña. Se ha contado con la ayuda puntual de Carlos Bruquetas Callejo, Margarita Huete Gallardo y Adriana Razquín Mangado.
2. De manera orientativa puede tomarse la década de los 80 como el momento en el que la presión estética hacia las mujeres se generalizó y se intensificó. Tal incremento de la preocupación por el peso y la apariencia sexual comenzó a extenderse a las niñas y a los niños dando lugar a un fenómeno conocido como el *backlash*, la torcedura de bastón tras la crítica feminista de los 60 y los 70 a la sexualización de la mujer (Chollet, 2012: 30). La definición de dos "generaciones" resulta constante en las historias de vida realizadas con mujeres trabajadoras: la oleada de trabajadoras que entra en el 2000 (socializadas en el *backlash*) cuidan muchísimo más, en líneas generales, su aspecto físico.
3. El concepto de capital erótico fue acuñado por Catherine Hakim (2012: 21-26) quien considera que debe añadirse un nuevo capital a la triada propuesta por Bourdieu (capital económico, cultural y social). El capital erótico no se reduce a la belleza y cada uno de sus componentes puede lograrse sin ser muy agraciado: atractivo físico (vestirse con estilo, estar en forma), atractivo sexual, encanto y don de gentes, vitalidad y energía, manera de vestirse, la competencia y energía sexual y, en ciertas culturas, la fertilidad.
4. Consideraciones estéticas y de salud se mezclan en el insistente rechazo de la obesidad entre los sanitarios y las políticas de salud que inspiran. Respecto a quienes convierten la obesidad en un problema enorme de salud, cabe argüir varios tipos de críticas. La vinculación entre obesidad y morbilidad existe, pero no estamos seguros de si se trata de la primera o de otros elementos que acompañan a las personas obesas (tabaquismo, alcoholismo o, por ejemplo, precariedad). En segundo lugar, los tratamientos de pérdida de peso no suelen ser muy eficaces y las ganancias y pérdidas constantes de peso pueden ser peores que la obesidad. En fin, la medicalización del sobrepeso no se apoya en datos científicos, que son controvertidos (Ayuso, 2013). Los argumentos contra el sobrepeso y la obesidad se apoyan en evidentes considerandos estéticos, debido al modelo de belleza dominante: de ahí a convertirlos en problemas de salud existe un trecho que no debemos saltar. Toda esta argumentación procede de Jean-Pierre Poulain (2002: 123-125).
5. Se ha dedicado un extenso análisis a la cuestión en Moreno Pestaña (2010: 222-236).
6. <http://www.lamoncloa.gob.es/ServiciosdePrensa/NotasPrensa/MS/2007/ntpr20070123.htm>. Consultado el 3 de mayo de 2013.
7. <http://www.consumo-inc.gob.es/novedades/docs/tallasPresentacion.pdf>. Consultado el 3 de mayo de 2012.

8. Léase el estudio de la Fundación Imagen y Autoestima (2010) en el que se constata: uno, hay personas a las que les gusta ir de compras, dos, les molesta comprobar que con la misma talla no pueden embutirse alguna ropa, tres, los modelos de los catálogos son muy delgados y cuatro se plantean hacer dieta tras los fracasos con la ropa. Para terminar, cinco, se apunta que todo ello puede desembocar en trastornos alimentarios. Los autores del informe no se plantean animar a detenerse en la primera fase del proceso o, como mucho, en la segunda, admitiendo sin complejos que llevar tallas grandes no es un estigma. Sucede, como he comprobado en el trabajo de campo, que muchas personas han convertido el sistema de tallas en una segunda piel que lanza información estética pero también moral (pues una 46 puede denotar abandono y falta de autocontrol).
9. También en otros lugares pero en estos y análogos evidentemente. Véase Europa Press (2013). Recientemente, una empleada de Prada Japón recibió la orden de expulsar a trabajadoras gordas. Al negarse fue despedida. Véase Leibowitz (2013).